

XI

Ya sabia por una carta anterior de Eugenio, la *gran noticia*, mi querida Julia: esperaba tu confidencia con el alma llena de gozo, participacion de tu esperanza, y siendo dichosa con ella

Dentro de cuatro meses, un nuevo huésped, un ángel rosado é inocente habitará y embellecerá tu casa; cuatro meses, no serían bastante tiempo para preparar el nido donde ha de reposar, si tu madrina no tuviera algunos adelantados: un ebanista se ocupa de los últimos tallados de una cuna de nogal; yo guardo ya dobladas en un cajon de mi cómoda, cosidas y arregladas, dos pequeñas cortinas de raso azul celeste, forradas de punto de crochet muy fino y hecho por mi mano: tambien hay cosidas ya, tres sabanitas y tres almohadas de un tamaño

proporcionado, lisas, de lienzo fino y suave, y ahora me ocupo de bordar otras tres almohadas y tres sábanas, para completar tres juegos de cama, ó mas bien de cuna para el deseado infante: el cobertor, será igual á las cortinas, de crochet forrado con raso azul, y la manta, azul tambien, hecha por mí con lana de Esmirna, para que le abrigue y no le pese, y trabajada á punto tunecino.

No es posible, hija mia, que te imagines lo alegre que estoy, esperando á mi nieto; porque habiendo perdido á todos mis hijos, en tí he asumido la ternura de mi corazon, y los tuyos serán la corona de mi vejez, ya bien cercana, aunque tú digas lo contrario.

Cuídate ahora más que nunca, mi querida Julia: evita las sacudidas morales, que no han de faltarte con el nuevo acontecimiento que me anuncias.

Octavia va á tu lado, segun me dices, porque tu padre se halla agobiado con su carácter indolente, y por demás inclinado á la coquetería: por tu hermano has sabido los disgustos que ocasiona á su buen padre esa niña rebelde, y tú has procurado, con delicadeza y sin darte por entendida de los defectos de Octavia, aliviarle de tan pesada carga.

Yo sé, hija mia, por personas relacionadas con tu familia, que la salud de tu padre se resentia ya de los graves disgustos que cada dia tiene que soportar; pero ¿qué padre se queja de los defectos de sus hijos? ¡antes se muere de dolor!

La paciencia y la sangre fría, es lo que dá mejores resultados en todas las circunstancias difíciles de la vida: ármate de esos dos poderosos auxiliares para combatir los defectos de Octavia, apoyados en una gran frivolidad de carácter, y en una no menor sequedad de corazón.

Hablemos un poco, en tanto que llega la instalaci6n de Octavia en tu casa, de esa nueva amiga, cuyo conocimiento has hecho entre las relaciones que has contraído después de casada; me hablas de los recursos preciosos que hallas en su compa \tilde{n} ía, y de los proyectos de distracciones que formais juntas: debería alegrarme, y sin embargo una especie de inquietud me asalta á todas horas inquietud que hasta hoy no me he determinado á comunicarte.

Por crueles que sean las decepciones, yo las preferiría para tí, á esa prudencia exagerada, que nos protege sin duda, pero petrificándonos; prefiero al error que hace sospechar el mal, el que hace creer en el bien, y expone á colocar indebidamente la estimaci6n; pero es necesario que este error no se repita con frecuencia, porque degeneraría en costumbre, y te traería graves inconvenientes.

Pocas cosas hay en sociedad que perjudiquen más seriamente al buen nombre de una persona, que el verla cambiar cada día de amistades, alternando las rupturas con la adquisici6n de nuevas relaciones. Y nada hay por el contrario más respetable, que el pasar

la existencia en compa \tilde{n} ía de las mismas personas.

Por eso te renuevo ahora, hija mia, la recomendaci6n que te hice antes de casarte, y la reitero con mayor raz6n; no des tu afecto y tu confianza sino á las personas que conozcas y estimes; á aquellas de cuyos buenos sentimientos, irreprochables costumbres, y carácter simpático, estés segura.

Estas reflexiones, que pueden llamarse generales, traen otras consigo que son particulares á tu nueva amiga: no la conozco más que por los detalles que tu carta contiene; segun me dices, la conoces tú desde hace veinte días solamente: como yo tengo sobre tí el privilegio de la edad, veo las cosas bajo un aspecto diferente, y puedo decirte, Julia mia, que la amistad no se improvisa.

Te confieso que lo que me inspira más desconfianza, son los detalles que me das acerca de la vida interior de la se \tilde{n} ora de Q...—Casada hace cinco años, tiene dos hijas, y las dos crecen lejos de ella: la mayor vive en el campo y en casa de su abuela materna. La segunda, se halla en un pueblo inmediato y en poder de su nodriza, desde que nació, hace dos años. La se \tilde{n} ora de Q... va á ver á las pobres ni \tilde{n} as... de tiempo en tiempo, mediante lo cual, su amor de madre se da por satisfecho!

Yo sé bien que hay necesidades penosas, y que una mujer que tiene que trabajar para vivir, se ve algunas veces obligada á separarse de sus hijos.

Pero esta no es la situación de la señora de Q..., cuya existencia desahogada y casi rica, no da lugar á hallar un pretexto para semejante proceder: la única cosa que puedo suponer es, que el partido que ha tomado es muy cómodo para ella, y para el círculo que cada día se reúne en su casa. ¿Sabes cuál es el parecer acerca de esto del señor de Q... esposo de esta señora? ¿Sabes lo que dice acerca del alejamiento de sus dos hijas de la casa paternal? Acaso no dice nada, porque juzgando por lo que sucede, adivino en él un ser pasivo, de esos que son incapaces de hacer mal, pero igualmente incapaces de impedirlo.

Yo te aseguro, Julia, que entre todos los deberes que la mujer debe llenar aquí abajo, el más importante es el de la maternidad; pero Dios ha hecho también de su cumplimiento la dicha suprema, y uniendo á él las más santas alegrías que la mujer puede gustar, ha hecho fáciles todos los sacrificios de que se compone.

La que no puede ser una buena madre, no podrá ser tampoco una buena esposa y una buena amiga. Joven, abandonará su tiempo á los placeres de la vanidad, á los manejos de la coquetería. Y en el invierno de la vida, esta estará llena de los defectos que son la consecuencia y el castigo del olvido de sus primeros y más santos deberes: es decir, de la envidia, de la maledicencia, de la intolerancia para con todos.

FELICIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO VALLES"
Apto. 1122 MONTERREY, MEXICO

XII.



¡Bien venida sea la pequeña María á este mundo! Dios la dé toda la dicha compatible con la observancia de la virtud, y este es, Julia, el voto más amante que puedo hacer por tu hija! No siempre los acontecimientos se encargan de darnos el castigo ó el premio que merecen nuestras acciones: pero es indudable que lo llevamos en nuestro interior, y que la conciencia nos da la dulce tranquilidad del ánimo, ó el tormento que se encuentra en el recuerdo de haber obrado mal.

Ocúpate ya de la educación de María, aunque esta no cuenta más que un mes de vida: el sentimiento de lo *justo* y de lo *injusto* existe en los niños desde que nacen: son voluntariosos, y tienen caprichos á los cuales debes guardarte muy bien de ceder, bajo la pena de enseñarles que sus gritos y sus exigencias tie-

nen el poder de cambiar las resoluciones que hayas tomado: la debilidad de carácter, es el medio más seguro de eternizar las luchas, así con los niños como con las personas mayores, y las concesiones, tienen por resultado el multiplicar indefinidamente las exigencias.

Mas al elogiarte la firmeza, lo hago à condicion de que siempre vaya acompañada de la justicia. No olvides, si quieres ser infalible à los ojos de tu hija, que debes respetar tu voluntad, no solo por ser *tuya*, sino por ser justa en sus causas, y sensata en sus resultados: es preciso que no contraries inútilmente à María, multiplicando las prohibiciones y las recomendaciones; pero una vez que hayas tomado una determinacion, no te vuelvas nunca atrás de ella. La debilidad produce inevitablemente la importunidad y la desobediencia, porque los niños aprenden que sus instancias pueden arrancar un consentimiento que se les rehusaba, y de aquí concluyen que la negacion era inútil, y que pueden infringir las prohibiciones sin inconveniente.

Además, la debilidad y la violencia caminan siempre en compañía: he visto à muchos padres ceder à un movimiento de impaciencia causado por la obstinacion de sus hijos y administrarles castigos corporales, que probaban à estos, no el derecho del más justo, sino el derecho del más fuerte. He tenido por vecina una jóven señora, madre de dos niños, à los que queria mucho, pero à los que educaba muy mal, aunque se ocupaba sin cesar de ellos:

una ternura mal entendida la hacia incapaz de soportar sus gritos y sus cóleras; y cuando la madre perdía la paciencia, llegaba algunas veces à golpearlos, con menoscabo de su dignidad y grave daño de las criaturas.

Los niños no se engañan: comprenden muy bien, que en lugar de infringirles un justo castigo, se ejerce una venganza, y las *correcciones* de esta naturaleza, no los corrigen jamás.

Un dia trabajaba yo al lado de mi jóven amiga: uno de sus hijos, de edad de dos años, vino à pedirme el ovillo del hilo: le contesté que no podia dárselo porque me hacia falta, é hice otro ovillo con el que se divirtió algunos momentos. Mas es muy difícil señalar un límite à los deseos, y esta virtud, tan rara en los hombres, no se puede exigir à los niños.

El de mi vecina se quiso apoderar de mis tijeras: yo le demostré que este instrumento podria ser peligroso para él, y se lo rehusé: el niño empezó à gritar: su madre, contrariada de ver interrumpida nuestra conversacion, iba à darle las tijeras, pero yo logré impedirselo. Entonces el niño exasperado por una resistencia à la que no estaba acostumbrado, corrió à la habitacion vecina, donde empezó à rugir, como si le matasen: detuve à su madre à mi lado, y continué tranquilamente nuestra conversacion: el niño continuaba dando gritos; pero hacia algunas pausas, y adelantaba de vez en cuando su cabecita rizada, à fin de asegurarse bien de que no se corria à acariciarle: cuando se convenció de que gritaba en

vano, calló y vino á nuestro lado vergonzoso y tranquilo.

Cuando sus hijos se ponian intratables, mi vecina me enviaba á buscar: jamás dí un caprotazo á sus niños, y sin embargo me obedecian y me amaban.

—¡No comprendo esto! me decía su madre suspirando: ¡hace V. todo lo que quiere! ¡debe V. darme su receta!

Esta receta, Julia mia, era muy simple: no contrariaba inútilmente á los niños; soportaba con paciencia sus pequeños caprichos, cuando no tenian sérios inconvenientes; motivaba siempre mi negativa, demostrándoles con ternura que su propio interés me prohibia acceder á sus demandas, y en fin, no me dejaba jamás ablandar por sus ruegos, sus lágrimas y sus cóleras. Como es muy fatigoso el llorar y el gritar, los niños no se imponen gratuitamente esta fatiga, y cuando están bien seguros de que no ganan nada con encolerizarse, suprimen este procedimiento violento.

Mi *receta*—como decía mi vecina—es aplicable á todas las edades y á todas las situaciones; y las personas débiles, las que no pueden soportar las violencias de otros, y las eternizan queriendo evitarlas, debieran probar con ella.

Pruébala tú con Octavia tambien: ese carácter á la vez colérico y lijero, ese afan de homenajes, ese amor á la holganza de tu jóven hermana, necesitan un yugo suave y saludable á la vez: ya sè que á tu edad, tienes bas-

tante con tus cuidados de esposa y de madre, sin tener que añadirles la pesada carga de preceptora de tu hermana: pero ¿quién puede tomar esta pena, faltando vuestra escelente y santa madre? No es tu padre el llamado á educar á esa niña, que aunque dotada de buen corazon, tiene un carácter fatigante y lleno de defectos.

Ten paciencia, pues, hija mi, y resígnate á esa doble responsabilidad que pesa sobre tí: emplea con tu hermana una dulce pero firme dignidad, y sobre todo enséñale con el ejemplo: está siempre ocupada de alguna cosa útil, y si ella permanece ociosa, déjala que se avergüence de su actitud sin llenarla de reproches amargos, que quizá la harian perder todo resto de ese suave y dulce decoro, tan bello en las jóvenes.

Que solo salga contigo de casa: no la permitas numerosas amistades, sino solo el trato regular con las personas de tu confianza: de este modo conseguirás mucho más que con reflexiones fuertes, con incomodidades y con escenas violentas: no des parte á tu padre de las sinrazones de tu hermana, más que cuando estas lleguen ya á un punto insoportable, lo que me parece imposible que suceda, si observas la conducta firme, digna y dulce que te recomiendo.

FELICIA.

XIII.

Me pides, mi querida Julia, algunos consejos sobre la educación física de María, y voy á dártelos: mi experiencia acerca de esto, es completa, ya porque he educado á mis hijos y á los de mi hermana, y ya porque he tenido cuidado de tu propia salud, habiendo pasado á mi lado los primeros años de tu vida.

No es fácil discernir, si yo he dirigido bien la naturaleza, ó si esta ha sido bastante generosa y bastante fuerte para suplir á mi insuficiencia; mas como quiera que sea, te enviaré en esta carta una relacion de los cuidados que he prodigado á tu infancia y á la de mis hijos.

Te diré con respecto á la educacion física, lo que te decia respecto á la educacion moral de tu hija; y es, que los sistemas no pueden ser jamás enteramente aplicables, y que en lugar de forzar las disposiciones particulares, la organizacion y los gustos de cada niño á mo-

delarse sobre ciertas ideas preconcebidas, vale más observarlos, y por el contrario, subordinar todos los sistemas posibles, á la naturaleza particular del niño que se educa.

Desde el dia de tu nacimiento, mi querida Julia, te acostumbré á tomar dos ó tres veces por dia, un poco de leche con agua; tenia yo una inquietud perpétua, imaginando que una enfermedad de tu nodriza podia impedirle darte el pecho, y queria que no dependiese de ella sola tu alimento cotidiano y único; por eso te acostumbré á esta otra nutricion desde muy pronto. Si María, como me dices, es robusta, debes hacer lo mismo: si no, espera á que se robustezca un poco, y sigue los consejos del médico, para acostumbrarla á poderse pasar sin el pecho de la nodriza. ¡Cuánto mejor hubiera sido que tú misma hubieras podido amamantarla! pero con los accidentes nerviosos que siguieron al nacimiento de tu hija, ha sido imposible, y no me toca á mí quejarme, sino consolar tu dolor.

Las abluciones de agua fria para los niños, tienen hoy muchos adeptos: sin embargo, yo no me determinaría á emplearlas; nada cuesta entibiar ligeramente el agua de manera que, pierda la crudeza, y á mi parecer hay algun peligro para las tiernas criaturas con el agua enteramente fria: los niños hasta los seis meses deben ser lavados por completo con una esponja grande y fina, y despues de los seis meses, deben tomar un baño diario, secándolos bien en ambos casos, con una sábana fina.

La moda inglesa de hacer salir á los niños en toda las estaciones con las piernas desnudas, es origen tambien de muchas enfermedades: sostiene algunos que la costumbre triunfa en los niños del sufrimiento; mas ¿á que viene la inútil barbarie de hacer padecer á esos pobres séres, indefensos contra la crueldad de sus madres? No dudo que los niños al cabo de un largo invierno, soporten el aire en las piernas, tan fácilmente como en el rostro; pero es quizá á costa de ser atacados de un reuma nervioso para toda su vida.

¿Para qué, por otra parte, hacerles adoptar una costumbre á la que habrán forzosamente de renunciar?

Tus hijos—ni aun los varones—están destinados á aumentar el cuerpo de los *Highlanders*, que sirven en la armada inglesa, y no hay necesidad de aguerrir sin vestir sus piernas.

Me parece que lo más prudente es conformar el traje de los niños á la temperatura. María podrá y deberá estar lijera y vestida, cuando se halle en una habitacion abrigada, ó bien cuando juegue sobre el césped del jardin, durante las tardes del verano: mas es preciso abrirla convenientemente, cuando salga los dias frios. Evita, sobre todo, el exceso opuesto á la moda inglesa, y no la abrimes bajo el peso de las entretelas y de las lanas, de los abrigos: deja en toda ocasion que el aire puro y sano llegue hasta ella: el exceso de precauciones da á los niños una constitucion delicada y débil y les impide desarrollarse.

No adoptes jamás para tus hijos los trajes que compriman sus nervios: la libertad más absoluta es necesaria á su desenvolvimiento, y este es indispensable á su salud. Muchas madres del gran mundo creen que las exigencias de la moda son más respetables que el bienestar de sus hijos, y someten á estos á la tortura del corsé, á fin de que el traje luzca todos sus ornamentos: no las imites, mi querida Julia, y no comprimas el talle de María. He conocido una dama rusa que sujetaba á sus hijos á un continuo martirio, deseosa de que fuesen tipos de elegancia y de distincion, y de que introdujesen las modas infantiles francesas en su país: esta señora perdió todos sus hijos, antes que renunciar á su sistema. Solo ha conservado uno, y este está baldado y anda con la ayuda de muletas; ni tan grande desgracia ha convencido á su madre de su error.

Quiero concluir esta carta, hija mia, con una recomendacion importante, para evitar un defecto muy comun en las jóvenes madres, y tanto más frecuente, cuanto es más natural. Para estas madres, su hijo se convierte en un ídolo, al cual todo debe ser sacrificado. Guárdate bien de sacrificar Eugenio á su hija; evítale los pequeños enojos que ésta le puede causar: y cuando tu marido entre en su casa, recuerda que él necesita tambien de todos tus cuidados, y de toda tu ternura; porque los maridos son niños grandes, que sufren si se les desatienden, en tanto que aman á su mujer.

En fin, si no manifestase, tan vivamente como

tú, los sentimientos de *adoracion* que sientes por tu hija, no le hagas de esto un crimen: la naturaleza ha puesto en el corazon del padre y de la madre, un amor igual en poder, pero distinto en sus efectos: el mejor de los padres, sería una mala madre, ó á lo menos una madre inhábil. Dios ha hecho que tú sientas hácia tu hija esa ternura apasionada, á fin de hacer fáciles y hasta dulces los cuidados continuos, fatigosos y á veces repugnantes de que tienes que rodear á la delicada criatura, fruto de tus entrañas. Los atributos de un padre son del todo distintos; éste interviene en la educacion de sus hijos, cuando se trata de formar su corazon y de ilustrar su espíritu; pero mientras hay que velar únicamente por las necesidades físicas, el cuidado te pertenece solamente á tí, y no te encareceré demasiado, por mucho que lo haga, el cuidado de evitar á tu marido la vista y el conocimiento de los cuidados necesarios á vuestra pequeña María. Que Eugenio no se vea reemplazado en tu cariño, y antes al contrario, que se crea el primero en él, para que ame á su hija.

FELICIA.

XIV.

No sabré espresarte, hija mia, cuál es mi alegría al verte tan felizmente dotada del talento de la vida, como te veo, no solo por tus cartas, llenas de espresion y de sinceridad, sino tambien por las de Eugenio, que me escribe poseido del sentimiento íntimo y profundo de su dicha.

“Gracias á la buena índole y al superior talento de Julia—me escribe tu marido—gracias tambien á los consejos de V., yo no veo al rededor mio ninguna sombra negra: mi mujer ha hecho de nuestro hogar el mas dulce asilo: mi hermana, mi madre, que no la miraba con mucha simpatía, porque siendo jóven y muy bonita, temian que les robase mi cariño, la adoran ahora. Y hacerse amar de Cecilia, no es cosa fácil por cierto: mi casa respira el orden el arreglo más admirable: la alegría y la dicha habitan mi hogar como su casa propia: ya María cuenta un año, y Julia se halla á principios

de otro embarazo, sin que su salud ni sus gracias seductoras se hayan alterado: y no hablo solo de sus gracias físicas; aunque sean estas de mucha valía, hay otras en ella que valen mucho más: estas gracias son, su suave y dulce prudencia; su alegre conformidad, con todos los pequeños trabajos de la vida; su amor tierno, deferente, lleno de consideraciones para mí; su cariño é infatigables cuidados para su hija; su bondadosa afabilidad para todos; y en fin el acertado gobierno con que dirige el timon doméstico.”

“Pero la más admirable de sus obras es el haber cambiado el carácter de su hermana. Octavia es ya otra, bajo la dulce influencia del trato de Julia; esta no ha empleado para corregirla de su coquetería, de su ociosidad, de su insolencia, otro medio que el del ejemplo: pero este ejemplo constante y silencioso, ha llenado de rubor á la indómita niña: los castigos la hubieran irritado: aún su holganza y su aversion al trabajo subsisten, pero Julia triunfará tambien de estos arraigados defectos.”

“Soy feliz, pues, mi querida señora, y estas solas palabras son las primeras que me ocurren al contestar á su amable carta últimamente recibida: sí, soy feliz, y lo seré más cada dia. Dios bendice la casa, donde entra un ángel como Julia, y mi trabajo crece dando cada dia mayores utilidades.”

“Soy, señora, uno de los hombres más dichosos de la tierra: una buena y amable compañera, una hija á la que adoro y que promete re-

tratar las perfecciones de su madre, una familia unida y estimable, el trabajo honroso y bien retribuido, creo que es todo lo que se puede pedir al cielo, y esto me lo ha dado con la plenitud de su inmensa bondad.”

Sé que al copiarte este párrafo hago una pequeña traicion á la confianza de Eugenio; pero al mismo tiempo sé que en su lectura está tu mejor recompensa, y no tengo el valor de rehusártela.

Sigue, hija mia, por esa senda con pié seguro y firme: es la sola que lleva á la felicidad: que tu marido te halle siempre ocupada de él, y que halle á sus hijos bien cuidados, aseadamente vestidos, sin que se aperciban jamás de las ruedas que hacen funcionar la máquina de su dicha, y los esfuerzos indispensables á la conciliacion de estos distintos deberes.

Ya sé que la tarea es difícil y multiplicada. Mas solamente llenándola, disfrutarás de los bienes de la vida, y de la satisfaccion de tí misma.

Ya ves como tenia yo razon al asegurar que una mujer, una madre, no puede conocer el hastío y el fastidio. Todos tus horas, todos tus momentos estarán ocupados; y es solamente en esas condiciones, cree á mi vieja esperiencia, como una mujer puede estar al abrigo de los peligros de toda especie, contenidos en la ociosidad, que es la madre de todos los vicios y de todas las desgracias.

Tu padre está tan contento con la mudanza del carácter de Octavia, que me parece reju-

venecido de veinte años, según el estilo de su carta: ya sé que todos los días vais Eugenio y tú á saludar á ese padre cariñoso, y que tu marido le ha dedicado un afecto y una consideración completamente filiales. Vuestros hijos os lo pagarán, y vosotros debéis estar satisfechos en el fondo del alma, al recordar este precepto y esta promesa de la escritura:

Ama á tu padre y á tu madre, para que tengas larga vida sobre la tierra.

Habla tu padre de llevar á Octavia á un pequeño viaje para recompensarla de su enmienda; porque para ese tierno padre cualquiera esfuerzo de sus hijos es una heroicidad. Feruando, tu hermano menor, corresponde bien á sus desvelos y le paga con ternura y en aplicación todo su cariñoso interés: tú eres el orgullo de su vejez y tu pequeña María la alegría de su alma: solo Octavia es la que le ha dado disgustos con su carácter especial y poco dócil; sin embargo, tú has conseguido un gran triunfo: inspirar á esa niña el amor al decoro, la reserva y la dignidad tan necesarias á su edad, no ha sido pequeña victoria; pero aún te queda el mayor enemigo que vencer, el de la ociosidad: para combatirla voy á darte un remedio eficaz.

Haciendo tú tus propios vestidos, no es regular que des los de Octavia á la modista; pero es probable que los hagas tú misma; deja de hacerlos si es así: dále á tu hermana la tela, los patrones, y las instrucciones necesarias, y que corte y cosa sus vestidos ó que esté sin

ellos: te aseguro que si tiene que ponerse uno usado, en vez de otro nuevo y de moda, perderá su afición á la holganza, y antes de estarse en casa, ó salir mal vestida, cortará y coserá sus trajes,

Es cosa dura el que las personas tengan defectos opuestos como sucede con Octavia: la coquetería y la pereza no suelen ir en buena compañía, porque se incomodan la una á la otra: cuando están juntas es necesario combatir las separadamente, y á la vez, ponerlas al servicio la una de la otra: puesto que Octavia es naturalmente elegante, házle ver que el seguir siéndolo depende de ella, y que tú no puedes ni quieres poner tu aguja y tu tiempo á las órdenes de sus caprichos, teniendo demasiado que hacer con el cuidado del equipo de tu esposo, de tu hija y tuyo. Es seguro que más ó ménos pronto, Octavia hará sus vestidos y se aficionará al trabajo: y entónces no será extraño que te ayude, hallando en ella un auxiliar activo é inestimable, por su buen gusto y actividad, que será entonces tan grande, como ahora lo es su negligencia.

FELICIA.